

de los treinta tiranos. Es el total derrumbamiento de un hermoso sueño que acaso no fuera irrealizable, pero que habría exigido hasta el fin la mano dura de un verdadero jefe, de un Pericles, capaz, como dice Tucídides, de excitar el valor del pueblo cuando se aplanaba infundadamente ó, por el contrario, de reprimir sus fantaseos aventureros y de dirigirle siempre con perspicaz firmeza.

La continuación de la historia exterior de Atenas hasta la lucha contra Macedonia presenta, aún con menos exuberancia de energía, análogos contrastes. Trasibulo derrota á los treinta tiranos; renace la concordia gracias á la amnistía de 403, y casi en seguida, aunque debilitada, reaparece de nuevo la vitalidad ateniense. Lacedemonia victoriosa había irritado á toda Grecia por la brutalidad de su hegemonía. Atenas inicia otra vez alianzas. Reconstituye su marina; levanta de nuevo sus muros después de la batalla de Cnido, en 394. Lacedemonia, á pesar de algunos éxitos en Grecia, se ve obligada á concluir con Persia el deshonroso tratado de Antalcidas (388), por el cual la Jonia queda abandonada á los bárbaros. Atenas continúa reparando sus fuerzas. Mientras Lacedemonia lucha con las diversas ciudades griegas, sobre todo con Tebas, Atenas se aproxima de nuevo á sus antiguos súbditos.

En 377 reconstituye una nueva liga marítima con un espíritu más liberal que antes: un Consejo común, residente en Atenas, organizará los asuntos de la confederación, dis-

poniendo cada ciudad aliada de un sufragio (1). De este modo torna á ser Atenas el centro de un imperio. Luego hace la paz con Esparta, dejándola agotarse en una lucha infeliz contra Tebas. Hacia 360, Atenas había vuelto á ser con Tebas la primera potencia griega; pero casi inmediatamente las principales ciudades de su nuevo imperio marítimo se destacan de ella por un brusco renacimiento del espíritu de autonomía que hacía imposible que se estableciese en Grecia cualquier confederación duradera. La guerra social (357-355) la deja de nuevo aislada, reducida á sus propios recursos y obligada á una política de extraordinaria prudencia. Por aquel tiempo, hace ya cuatro años que Filipo es rey de Macedonia y acaba de manifestar por sus primeros actos una diligencia amenazadora; van á surgir nuevos y mucho más graves peligros.

El período de medio siglo, cuyos principales rasgos hemos recordado, constituye para toda la Grecia una época triste. Todo son guerras incesantes de ciudad con ciudad; humillada impotencia ante los bárbaros (á pesar del episodio de los diez mil y de una campaña de Agesilao); debilitamiento definitivo de Lacedemonia, reducida á una extraordinaria penuria de hombres; grandeza efímera y relativa de Tebas, incapaz de sostener su fortuna. Todos los escritores griegos,

(1) Diodoro, XV, 28.

al hablar de esta época triste, repiten constantemente la misma palabra: *ταραχή*, esto es, confusión, desorden general, caos político. Lo más que puede decirse de Atenas es que en este universal desastre es ella la única que hace todavía mejor papel. Aunque haya tenido algunos generales, Conon y Fierates Timoteo, parece que no ha encontrado hombres de Estado superiores. Lo que ha hecho lo ha debido sobre todo á su fondo tradicional, á los dones naturales de inteligencia y de flexibilidad que constituían su privilegio hereditario. Y el resultado total de sus esfuerzos se reduce á poco. ¿Debe acusarse de ello á sus instituciones? Sería evidentemente temerario, ya que los demás gobiernos griegos han obtenido aún menos resultados y que especialmente Esparta ha caído en una decadencia profunda é irremediable. Era tan difícil y tan confusa la situación general, que aun á un hombre de genio le habría costado probablemente trabajo desenredarla. Pero no se encontró al hombre de genio, y Atenas y toda Grecia sufrieron las consecuencias.

§ 3.—ATENAS Y MACEDONIA.

Hemos llegado ya al último acto, al momento en que se forma la nube del lado de Macedonia. Filipo se había dado á conocer desde su advenimiento. Muy culto, muy inteligente, muy activo y muy ambicioso, tenía

en las manos un instrumento terrible: un ejército sólido y valiente que mandaba como dueño absoluto. Llegaba entonces Demóstenes á la vida pública; advirtió el peligro desde el primer día y se esforzó en prevenirlo por medio de una política de acción resuelta y reflexiva á la vez, pero no halló mucho eco en los sentimientos de la Asamblea, cosa poco extraña. Además, lo que hemos dicho antes acerca de la situación de Atenas, respecto de las ciudades sometidas, es también cierto respecto á su situación enfrente de Filipo. Hace entonces su entrada en la política internacional un elemento nuevo, una monarquía militar fortísima que no es, como la monarquía persa, una potencia bárbara, sino que ha tomado todo lo mejor de la civilización griega. Contra semejante monarquía no basta ya la autonomía de las ciudades. Era indispensable una alianza estrecha entre todos los griegos; pero ¿cómo obtenerla entre el caos de sus rivalidades hereditarias y de sus conflictos?

Todavía bajo la impresión de la guerra social, desacostumbrados de toda política de larga duración por cincuenta años de esfuerzos al día y de tanteos, ávidos de descanso, preocupados del estado de la Hacienda, los atenienses no estaban para escuchar los llamamientos importunos de Demóstenes. Su entusiasmo había decaído. No es porque fuesen ahora diferentes de como habían sido hasta entonces; pero iguales instintos, en circunstancias nuevas, producían efectos opuestos.

Su imaginación, que hacía brillar ante sus ojos triunfos problemáticos, ahora agigantaba los peligros. Satisfaciase su optimismo con recuerdos ó esperanzas vagas. Su individualismo, que había encontrado antes satisfacción en la gloria de la ciudad á que se sentían orgullosos de pertenecer, se replegaba sobre sí mismo y buscaba ventajas más seguras ó más inmediatas en los pequeños placeres de la vida privada. Estaban fatigados de voluntad y de acción. Cuando se lee sucesivamente el retrato que Tucídides ha hecho de los atenienses del siglo V y el que se desprende de los discursos de Demóstenes, es como si estuviéramos ante dos pueblos diferentes: de un lado todo es entusiasmo, audacia, confianza en sí mismo; de otro lado, indolencia, ligereza, palabras vanas sin resultado. En realidad es siempre el mismo pueblo, pero ha envejecido: en el primer retrato se parece al joven de Aristóteles lleno de confianza porque aún no le ha humillado la vida; en el segundo es como un viejo desengañado por las pruebas.

Los jefes que se ofrecían á guiarla ó que prodigaban consejos en sus escritos, pertenecían naturalmente á dos tendencias opuestas: unos, dejándose llevar por la corriente, elogiaban la paz; otros procuraban reobrar sacudiendo de su modorra á la energía nacional. En ambos partidos se manifestaban matices individuales. Entre los pacíficos los hay utopistas como Isócrates, que cree en el desinterés de Filipo; hombres de negocios como

Eubulo, que se preocupan ante todo de reconstruir la Hacienda; espíritus sombríos y pesimistas como Foción, que desprecia á sus conciudadanos; charlatanes de honradez dudosa como Esquines, á quien interesa no ver demasiado claro en los proyectos de Filipo; por fin, aventureros como Demade, francamente asalariado por Macedonia. Entre los defensores de la política de acción hay espíritus absolutos y estrechos como Licurgo, violentos como Hipérides; un gran político, en fin, Demóstenes, que no separa la energía del conocimiento exacto de las posibilidades y que desea que se prepare cuidadosamente la acción.

No es raro que el pueblo haya preferido en primer término y durante bastante tiempo entre tantos consejeros á aquellos cuya opinión estaba de acuerdo con sus tendencias, casi con sus necesidades; tanto más, cuanto que sus argumentos no carecían de valor: Eubulo en particular tenía alguna razón en contra del exceso de gastos militares, aunque hiciese mal en no ser tan sensible al inconveniente de los gastos consagrados á las fiestas y á los espectáculos. Cuando, por fin, la caída de Olinto en 348 y las funestas consecuencias de la paz tratada con Filipo en 346 sacudieron el adormecimiento general, se vió que Demóstenes había dicho la verdad, por desagradable que pudiera ser á sus oyentes, y el favor estuvo de su lado. Es honroso para el pueblo haber consentido en olvidar su antigua antipatía contra Tebas, para establecer

con ella la alianza que aconsejaba Demóstenes en nombre de los intereses de toda Grecia. Durante algunos años el orgullo del pasado ateniense y el recuerdo de las generosas tradiciones antiguas despertó en las almas con bastante fuerza para acabar, no en palabras, sino en actos. Cuando en Queronea la fortuna hizo fracasar este esfuerzo generoso, pero tardío, el pueblo se dignificó más aún al no negar al orador que le había mostrado el camino del deber, y este favor del pueblo fué persistente: ocho años más tarde, Esquines intentó en vano hacer condenar retrospectivamente por los jueces la política de Demóstenes; el vencido ante el tribunal fué él, al extremo de que se vió en la necesidad de emigrar cuando estalló la cuestión de Harpale en 424. Demóstenes fué acusado de concusión por su ex-aliado Hipérides. El pueblo abandonó esta vez á Demóstenes, pero no por mucho tiempo; si la obscuridad del asunto dió algunas apariencias desfavorables á Demóstenes, la autoridad de Hipérides había influido en la opinión: un año después, Demóstenes regresaba en triunfo. Es sabido que murió poco después, víctima de la implacable hostilidad de los macedonios. El pueblo ha reconocido hasta el final en Demóstenes al más valiente y perspicaz defensor de su independencia.

La historia política de la democracia ateniense acaba con Demóstenes. Después de él, bajo la dominación de Macedonia, Atenas ya no es ni sombra de sí misma; continúa nom-

brando areontas y celebrando asambleas; pero entonces sólo es un museo y una escuela.

Al echar una ojeada de conjunto sobre estos dos siglos de política exterior, se ve en ellos, como en todas las cosas humanas, luz y sombras. ¿De quien es el triunfo en definitiva? Son indiscutibles las faltas que se cometieron, pero no todas las desdichas de esta historia se deben únicamente á aquellas faltas. El último fracaso era probablemente fatal, porque no dependía de Atenas impedir que surgiese bruscamente en el mundo, en medio de la fragmentación y desorden de las ciudades griegas, una gran monarquía militar dirigida sucesivamente por dos hombres de genio. Atenas ha realizado dos tentativas para evitar en Grecia aquella fragmentación. No lo ha conseguido, pero la empresa, difícilísima, merecía intentarse y el deseo de llevarla á cabo es un motivo de gloria para Atenas. No olvidemos, por último, esta historia, iniciada en el período triunfal de las guerras médicas, y que la derrota con que termina tiene su grandeza y su belleza, toda vez que fué sufrida en condiciones desiguales para la independencia de toda la Grecia y para la de la misma Atenas. Podría preguntarse si ha habido muchos pueblos que hayan podido ofrecer en dos siglos de su historia exterior más hechos importantes á la atención de la posteridad.

III.—Las artes de la paz.

Por mucho espacio que haya ocupado en la vida de Atenas, la política sólo es una parte de ella. A diferencia de Esparta, Atenas tiene más preocupaciones que la de la guerra; ni siquiera se extasiaba ante las discusiones de la plaza pública y de los tribunales. Ha sido en todos los aspectos un manantial incomparablemente rico de civilización, y no es el azar el que hizo nacer tanta actividad pacífica y tanta belleza en la más grande ciudad democrática del mundo.

Ya hemos visto antes las lecciones de toda clase del arte y de la vida que el joven ateniense recibía al hacerse hombre. No es necesario volver aquí á hablar de la actividad inteligente de esta vida, ni de la nobleza y grandeza de este arte. Pero es preciso decir claramente que si el arte y la vida en Atenas han presentado caracteres superiores que constituían una educación para el ciudadano, ninguno de los dos era planta importada de fuera y procedente de otro país. Fué el suelo ateniense el que los produjo y fué en la atmósfera de la libertad democrática donde se desarrollaron, de manera que después de haber señalado su acción sobre cada ciudadano en particular, hay que añadir que eran al mismo tiempo producto de la colectividad. Eran á la vez causa y efecto, como ocurre en

todas las cosas de índole social; por lo tanto, es justo glorificar por ellos á la democracia ateniense, contándolos entre sus obras con iguales títulos que su política interior ó exterior.

El rasgo saliente de la vida ateniense consiste en el libre florecimiento del individualismo observado ya por Tucídides. Un Platón no estaba lejos de encontrar en eso un bello ejemplo de anarquía pura y no juzgaba solamente así Platón en las cosas relativas á la política; su crítica se dirigía igualmente á las ocupaciones de la vida práctica y al cultivo de las artes. Le extrañaba ver á un ateniense ejercer sucesivamente todas las profesiones, y al primero que llegaba decidir sobre el mérito de una tragedia. Es el desarrollo natural y espontáneo de la vida, de que detestaba bajo todas sus formas. En esto era perfectamente lógico y habría tenido toda la razón si fuese cierto que los sistemas de los legisladores y de los filósofos pudiesen suscitar una vida más bella que la que produce la naturaleza. Lo que falta sobre todo á los sistemas es la vida: son á veces bellos, pero siempre son letra muerta. Por el contrario, el gran mérito de la libertad ateniense fué el de provocar en todas partes una explosión de vida. El individualismo excesivo puede tener sus inconvenientes en política, que es esencialmente acción colectiva y que exige por eso una cierta coordinación de los esfuerzos individuales hacia un fin común; pero los peligros del individualismo son

evidentemente menores en las iniciativas de la vida privada, y sobre todo en las de la creación artística que exige precisamente en el autor una personalidad original. Hagamos notar, además, y es esa una curiosa característica del arte ateniense, que en ninguna parte se contuvieron los posibles excesos del individualismo, que llevan á lo estrambótico y refinado enfermizo con más fuerza que en Atenas por la influencia de la tradición y del sentido común. Podría parecer esto á primera vista paradójico y, sin embargo, es consecuencia directa de las condiciones en que se ejercita la libertad del artista ateniense. En efecto, el tal artista, cualquiera que sea la fuerza de su originalidad, se dirige siempre á la multitud, al alma colectiva del pueblo, y no á un cenáculo. Que su obra sea una tragedia, una comedia, un poema lírico, un discurso, no será juzgada por unos cuantos espíritus refinados, sino por un público inmenso, veinte veces más numeroso que el que compone nuestros grandes auditorios ordinarios y que precisamente porque es una multitud se conmoverá más con una palabra que despierte sus sentimientos hereditarios que por ingeniosos artificios de pensamiento ó de forma. Esto no impide que un Fidias, un Sófocles, un Eurípides traten con los más ilustres y libres espíritus de Atenas; pero ello les obliga cuando hacen obra de arte á traducir su íntimo pensamiento en formas inteligibles y sensibles á la mayoría de los atenienses. Serán á la vez modernos y tradicionalistas,

respetuosos con los temas consagrados y capaces de renovarlos. El arte sirve de intermediario natural entre las diversas corrientes del pensamiento de la nación; puede beber su inspiración en las más altas fuentes, pero es preciso que apague la sed de la multitud, y esta necesidad le pone en íntimo contacto con el alma popular. Es la vida democrática, son las instituciones atenienses las que le imponen esta preciosa obligación. Más tarde en Alejandría, en Pergamo, ya no habrá verdadero pueblo, pueblo habituado á deliberar sobre las grandes cuestiones y á conducirse á sí mismo; habrá de un lado los cenáculos, de otro el populacho. La grandeza de Atenas procede en mucha parte de haber sido Atenas durante dos siglos una democracia activa, inteligente y culta. Existe, sin embargo, entre las obras del espíritu todo un dominio inaccesible á la multitud de cualquier tiempo; lo más elevado de la filosofía y de la ciencia. El mayor servicio que la multitud puede prestar á los investigadores de la verdad es dejarles libres, y puede afirmarse que el pueblo ateniense les ha prestado este servicio mejor acaso que ningún otro pueblo. Y no es sólo porque su religión estuviese desprovista de teología, ni porque la multitud ignorase ó desdeñase lo que pasaba en las escuelas. Aunque estas razones tengan su valor, no eran las únicas. La costumbre ateniense de dejar á cada uno en libertad era maravillosamente favorable al progreso del pensamiento. Además, la palabra ocupaba demasiado

espacio en toda la existencia de los atenienses para que nadie se sorprendiese de las libertades que podía adoptar. Bastaría á demostrarlo el ejemplo de los poetas cómicos. El acto de un sacerdote ó de una sacerdotisa que violase una prescripción ritual ó el de un insensato que mutilase un Hermes, eran más capaces de conmover á la multitud que algunas palabras más ó menos atrevidas. Los ejemplos de intolerancia respecto del pensamiento son raros en la historia de Atenas y los más famosos se explican por causas accesorias. Si se condenó á Sócrates, fué en primer término porque parecía que él mismo buscaba la condena, y en segundo término porque se creyó, después de la tiranía de los treinta, que había sido solidario del movimiento de ideas que terminó en la caída de la democracia. Dícese que también Aristóteles fué perseguido; pero había sido preceptor de Alejandro, y la acusación de impiedad dirigida contra él fué consecuencia de una violenta reacción antimacedónica, á la muerte del rey de Macedonia.

Los raros ejemplos que podrían añadirse á éstos se explican de igual manera. Es preciso reconocer, por lo tanto, que en ninguna parte fué más libre el pensamiento que en Atenas. Lo que la democracia ha perseguido y condenado muchas veces por motivos de piedad, no es á los pensamientos, sino á los actos. La violación de las leyes de la ciudad en materia religiosa era un crimen severamente castigado. ¿Á quién puede asombrarle

eso? Pero estas leyes no encadenaban de ningún modo la libertad del pensamiento, y no podría sostenerse que la obligación de respetar las prescripciones exteriores del culto haya impedido ó retardado entre los atenienses el desarrollo de ninguna idea digna de vivir. Cuando la filosofía se desarrolló en el siglo IV, Atenas fué la patria privilegiada de los filósofos. Siguió siéndolo, y un siglo más tarde, todas las escuelas estaban domiciliadas en ella. El respeto á la libre especulación fué una de las tradiciones más fuertes y más gloriosas del espíritu ateniense, y si es cierto que la multitud fué ajena á tales trabajos (como era inevitable), tuvo al menos la rara cualidad de no servirles nunca de obstáculo.

IV.—Conclusión sobre la democracia ateniense.

Cualesquiera que sean los defectos de la democracia ateniense, se la ha juzgado con demasiada frecuencia en conjunto conforme á las críticas dirigidas contra ella por los filósofos, es decir, por hombres cuyo ideal nacional era inconciliable con la libertad exuberante y fecunda de la vida real. Para un Sócrates, para un Platón y hasta para un Aristóteles, la ciudad perfecta debe parecerse al alma del hombre prudente, en la que la razón imperturbable domina á las pasiones y

en la que un bello orden armónico (εὐκασία) es condición de toda virtud y de toda felicidad. Claro que la ciudad real, en el incesante conflicto de intereses y sentimientos, no podía parecerse á aquélla. De ahí las numerosas críticas severas y las numerosas construcciones utópicas. Pero este ideal es una abstracción inspirada en la geometría y la moral, más que una concepción exacta de la vida. Nunca ha existido una ciudad de esta clase, ni bajo la forma monárquica ó aristocrática, ni bajo la forma democrática. Esta, que era la única que los pensadores griegos tenían ante los ojos, ha atraído forzosamente más que cualquier otra su atención y sus censuras; pero no debe olvidarse que el gobierno perfecto no tiene realidad más que en las *Ciropedias* y los *Telémacos*. Ó más bien, debe declararse que este gobierno ideal es siempre, en suma, una construcción bastante frágil cuya misma belleza, esencialmente geométrica, palidece ante la belleza de la vida. El ideal político de estos pensadores es la imagen de su ciencia, audaz, sintética, elegante, pero demasiado joven aún para concebir claramente la infinita complejidad de las cosas y la magnitud de la naturaleza. Creen aprisionarla en sus sistemas metafísicos, sin advertir que se les escapa por todos lados. Igual que atribuyen á su legislador ideal el poder casi divino de organizar la vida colectiva de la humanidad, sin pensar que al regularizarla tan arbitrariamente la empobrecen y que el flujo eterno de las cosas, ad-

vertido ya por Heráclito, se burlará incesantemente de sus combinaciones arbitrarias, creando siempre más formas de las que pueden imaginar, y en suma, más belleza de la que su razón puede concebir. Sus críticas de detalle son á veces instructivas y justas cuando se inspiran en la observación de los hechos; en cambio, sus conclusiones generales son sospechosas porque proceden casi siempre de un sistema, es decir, de una concepción arbitraria é incompleta de la realidad.

Cuando se examinan sin prejuicio los hechos, es preciso reconocer que la democracia ateniense fué una de las grandes creaciones del genio griego. Ha concebido un ideal de vida colectiva nobilísimo, en el cual la norma suprema de las acciones fuera la ley, es decir, la razón común, y en la que el individuo, sin embargo, tendría amplio espacio para moverse libremente y desarrollar todas sus fuerzas. Este ideal, que había de ser cada vez más el del porvenir, fué concebido y expresado conscientemente por ella, desde los tiempos de Solón, Clistenes y Pericles. Á pesar de las inevitables imperfecciones de las cosas humanas, ella lo ha realizado en una medida bastante amplia para que los dos siglos que corresponden aproximadamente al florecimiento de sus instituciones hayan constituido un período de fecundidad increíble en todos los órdenes de actividad humana, en la vida pública y privada, en las artes y en el pensamiento. No ha conocido nunca la humanidad otro período en que un grupo po-

lítico haya sido más verdaderamente civilizado en el total sentido de la palabra y haya dejado al porvenir una herencia más rica en obras y en sugerencias de toda clase. Indudablemente ese es un balance glorioso; porque ¿cuál puede ser, en suma, el objeto ideal de la vida de un pueblo sino el de instalarse en primer término entre aquellos otros cuyos ejemplos constituyen la trama de la evolución humana civilizada?

CAPÍTULO V

Las diversas democracias griegas.

I. OJEADA GENERAL.—II. LAS DEMOCRACIAS EN LA CONFEDERACIÓN ATENIENSE.—III. LAS OTRAS DEMOCRACIAS DE LA GRECIA PROPIA.—IV. LA DEMOCRACIA EN SICILIA.—V. EL FINAL DE LAS DEMOCRACIAS GRIEGAS.

I.—Ojeada general.

El movimiento democrático, cuyo progreso en Atenas hemos seguido, no se ha limitado allí. Se extendió á todo el helenismo, y aun las partes del mundo griego que se le resistieron soportaron su influencia.

Ya hemos visto que en el siglo VIII las antiguas monarquías patriarcales estaban en plena disolución de un extremo al otro del helenismo. El aumento de población, la extensión del comercio marítimo, la de la industria y del trabajo servil, el crecimiento de las ciudades, el desarrollo de la riqueza, todo contribuía á trastornar el antiguo orden de cosas. En casi todas partes son las aristocracias las que primero aprovechan esta evo-